

Inodora, Incolora e Insípida

A principios del siglo XIX la medicina occidental estaba poco desarrollada tanto en lo referente a la prevención como al diagnóstico y, en especial, al tratamiento. La comprensión de las causas directas y de los mecanismos de las enfermedades era, en el mejor caso, rudimentaria y en el peor, totalmente errónea. Sin adecuado fundamento científico, se enseñaban en las escuelas de medicina una serie de tratamientos de eficacia dudosa o nula, que en muchos casos eran de hecho perjudiciales para el paciente: sangrías repetidas, uso de purgas e irritantes, estimulación deliberada de la producción de pus, etc.¹

El propósito de estos bárbaros tratamientos era el de purificar el organismo de «venenos», pero su carácter agresivo los tornaba con frecuencia mucho más peligrosos que la falta de tratamiento. No era inusual que causasen la muerte del paciente o al menos contribuyesen a ella, y en todo caso los pacientes que curaban lo hacían a pesar del tratamiento.

El principal propulsor de estos tratamientos drásticos, que se continuaban *hasta que el paciente estuviese libre de síntomas* fue el profesor de Edimburgo, James Gregory (1758-1822). Su sistema se denominó *alopatía*, del griego *allos*, «otro» y *pathos*, «enfermedad». El tratamiento

alopático con frecuencia tenía el efecto de que, como se ha dicho sarcásticamente, «el paciente muriese curado», o sea que sus síntomas desaparecían por colapso circulatorio, poco antes del deceso. Por lo antedicho, no emplearemos aquí la calificación de alopática para la medicina científica moderna, que nada tiene que ver con los espantosos tratamientos mencionados: la *alopatía* es una escuela médica del siglo XVIII que la ciencia médica ha descartado hace mucho.

Una comprensible reacción

Desde luego, no faltaron espíritus sensibles que se escandalizaran ante esta situación. Uno de éstos fue un médico de vasta erudición llamado Samuel Friedrich Christian Hahnemann (1755-1843) que, horrorizado por las prácticas imperantes, llegó a abandonar el ejercicio de su profesión. Prefirió una vida casi miserable antes que causar daño a sus semejantes, y se ganó un magro sustento haciendo traducciones. Durante la traducción de una obra de William Cullen (1712-1790), que irónicamente había sido el predecesor de James Gregory en la cátedra de Edimburgo, Hahnemann concibió un nuevo entendimiento de la enfermedad y su terapéutica que constituía un enfoque alternativo a las concepciones prevalentes.

El nuevo sistema se denominó *homeopatía*, en contraste con la *alopatía*. Hahnemann expuso ordenadamente sus ideas en su obra aparecida en 1810, *Organon, el Arte de Curar*.²

Las ideas rectoras de la homeopatía pueden resumirse como sigue:

1. *Lo similar cura a lo similar (en latín, similia similibus curantur).*
2. *Uso de diluciones infinitesimales.*
3. *Enfermedad crónica miasmática.*
4. *Tratamiento individualizado.*

Lo similar cura a lo similar

Este principio es el que le da el nombre a toda la teoría: en efecto, «homeopatía» deriva del griego *homeo*, similar y *pathos*, enfermedad. El origen de esta idea se remonta a Hipócrates (469-399 a.C.), y al parecer ella fue suscripta también por el médico y alquimista suizo Paracelso (1493-1541). El principio establece que un medicamento que produce determinada sintomatología en un individuo sano, puede curar a un enfermo que presente la misma sintomatología. Por ejemplo, los alcaloides extraídos de la *Cinchona*, como la quinina, producen fiebre en un sujeto sano, pero curan a un paciente de fiebre palúdica.

Hahnemann insistió en que el efecto de los medicamentos debía ser estudiado no solamente en animales, sino también, y con especial cuidado, en seres humanos; ésta era la única forma concluyente de comprobar la eficacia de diferentes drogas. Sobre la base del principio de similitud, Hahnemann puso a prueba su teoría en pacientes, y para su desazón observó que en muchos casos los enfermos empeoraban. Su ciega adhesión al principio de similitud se manifiesta en que, en lugar de abandonarlo ante resultados tan adversos, interpretó los resultados de modo que encajaran con la teoría. Para ello, comenzó a diluir sus medicamentos de manera progresiva, lo que le llevó a su segundo principio.

Uso de diluciones infinitesimales

En su afán por suprimir efectos adversos, Hahnemann preparó diluciones cada vez mayores, y llegó a recomendar una dilución hecha en 30 pasos. El procedimiento consiste básicamente en tomar un volumen determinado de una disolución concentrada de la droga a emplear, y diluirlo con 99 volúmenes de disolvente. Luego de agitar bien, se toma un volumen de la nueva disolución, y se la mezcla con 99 volúmenes más de disolvente. El procedimiento se repite un total de treinta veces. El grado de dilución se expresa con

un número arábigo que indica el número de veces que el procedimiento se repite, y una letra o número romano para indicar el grado de dilución en cada caso. Así, 3X o 3D indica una dilución de una parte en diez, repetida tres veces (dilución final 1:1.000). Una dilución 2C indica una parte en cien, repetida dos veces (dilución final 1: 10.000). Las diluciones comúnmente empleadas son las que van entre 6X y 30X. Las sustancias insolubles en agua se diluyen con un excipiente sólido (v.g., lactosa), mientras que para las solubles se emplea agua.

La disolución resultante contiene, cuanto más, trazas apenas detectables de la droga, lo que hace difícil de aceptar que tal disolución, agua casi pura, pudiera tener efecto terapéutico alguno. Hahnemann respondió a esta obvia objeción con la teoría de que el proceso mecánico de agitación y subdivisión *energizaba* o *dinamizaba* la droga, lo cual no solamente aumentaba su poder sino que le confería *nuevas propiedades*. Un homeópata actual explica así el presunto fenómeno:

«La Dinamización de la sustancia incluye un proceso de trituración, dilución y sucusión, que le confieren a la sustancia *cualidades distintas* a la original, con la capacidad de interactuar y equilibrar al organismo enfermo. Dice Hahnemann en el parágrafo 269 del Organon: “Se habla de las dinamizaciones homeopáticas como simples diluciones, como si se tratara de una cosa disminuida, mientras que es precisamente lo contrario. En realidad, ellas constituyen una verdadera expansión energética de la materia, una eclosión y una revelación de fuerzas medicamentosas específicas, latentes y escondidas en su íntima esencia, desplegadas y exteriorizadas por trituraciones y sucusiones” (Soloeta, p. 604).

Metafóricamente hablando, según Hahnemann la agitación y dilución permitían que la droga manifestase toda una serie de propiedades latentes, como un capullo que se abre para ser una flor plena.

Enfermedad crónica miasmática

Hahnemann estudió las enfermedades agudas, tanto las epidémicas como aquellas que denominó *esporádicas*, o sea las desencadenadas por traumatismos, factores climáticos u otras agresiones ambientales, o malos hábitos higiénicos. Sin embargo, se ocupó con mayor atención de las enfermedades crónicas, es decir, las que se prolongan en el tiempo. Hahnemann relacionó a todas ellas con la sífilis, la sicosis (entidad descrita por Hahnemann) y con la sarna o *psora*. Esta última, según la peculiar concepción de Hahnemann, sería la culpable de la mayor parte de las dolencias crónicas.

El padre de la homeopatía creía en la existencia de una fuerza curativa de la naturaleza, o *vis medicatrix naturae*, a la cual es preciso dejar actuar, y sobre la cual es necesario operar cuando por una u otra causa esta fuerza se halla obstruida o inhibida. En otras palabras, la medicación simplemente desencadenaría los procesos curativos propios del organismo.

Las enfermedades crónicas no serían sino manifestaciones de una distorsión o trastorno profundo en la fuerza sanadora de la naturaleza. Por tanto, los síntomas observables no serían sino la forma en que la *condición preexistente* se manifiesta en un momento dado. Como consecuencia, suprimir los síntomas no serviría más que para hacer que esta *enfermedad crónica miasmática*, que es persistente, se manifieste luego a través de nuevos síntomas. Tal enfermedad universal sería el verdadero origen de todas las enfermedades crónicas, por diversas que éstas puedan parecer. Hahnemann escribió:

«Pasé doce años en investigar el origen de este gran número increíble de afecciones crónicas, indagando y reuniendo pruebas seguras de esta gran verdad desconocida a todos los observadores antiguos y contemporáneos, y descubriendo al mismo tiempo los principales (antipsóricos) remedios que colectivamente son casi iguales a esta enfermedad monstruosa de mil cabezas

en todos sus desarrollos y formas diferentes» (Hahnemann, n° 80, p. 161, n. 77).

Lo anterior implica que todos hemos heredado una suerte de predisposición a enfermar (diátesis) que ha de manifestarse de diversas formas a lo largo de nuestra vida. Esta audaz hipótesis, de ser cierta, implicaría la existencia de un origen *común*, y en último extremo metafísico, de todas las enfermedades crónicas:

«Nuestra fuerza vital, siendo un poder dinámico, no puede ser atacada... más que de un modo inmaterial (dinámico); y de manera semejante todos esos desórdenes patológicos (enfermedades), no puede el médico removerlos de ningún otro modo más que por el poder inmaterial (virtual y dinámico) de las medicinas útiles y oportunas sobre la fuerza vital...» (Ibid., n° 16, p. 96s).

Esto tiene dos consecuencias importantes. En primer lugar, por tratarse de una predisposición básica –casi un «pecado original» del cuerpo– no es posible curarla, ni para el alópata ni para el homeópata. En otras palabras, la fuerza sanadora de la naturaleza es en el fondo incapaz de sanar la psora, aunque el homeópata puede ayudarlo a enfrentarla. En segundo lugar, aceptar tal idea significaría rechazar una concepción básica de la medicina convencional, cual es la posibilidad de describir, estudiar y comprender enfermedades específicas, cada una con sus propias causas, mecanismos, signos, síntomas, tratamiento y prevención.

Dado lo anterior, no es extraño que Hahnemann y sus seguidores se guiasen exclusivamente por criterios clínicos y descriptivos, con poco o ningún interés por la anatomía y la fisiología patológicas, por conocer el mecanismo íntimo de acción de las drogas, o por evaluar *cuantitativamente* las variables en estudio. Así, los tratados homeopáticos denominados *Materia Médica* presentan interminables listas de trastornos que cada uno de los preparados produce en los sujetos normales, de lo cual deducen sus indicaciones en los

casos de enfermedad. Todo es completamente descriptivo, sin cuantificación, desordenado. Tiene, es cierto, una sistematización propia, pero radicalmente opuesta a la convencional, y carente de comprobación experimental rigurosa o de interés en los procesos subyacentes.

Es interesante el hecho de que la homeopatía prevé el *agravamiento* del paciente en algunos casos, como una respuesta *favorable* e indicativa de la eficacia de la terapia. Este agravamiento va seguido de una mejoría. Según los homeópatas, la restauración de la salud sigue una secuencia predecible, de lo mental a lo emocional, y de lo emocional a lo físico.

En el ámbito físico, la curación se caracteriza por una progresión de la enfermedad desde adentro hacia afuera. Así, por ejemplo, la desaparición de los síntomas de asma bronquial puede ser seguido por la aparición de una erupción cutánea, y ello es tomado como evidencia de que el organismo, dinamizado con la terapia homeopática, está literalmente «expulsando fuera» la enfermedad. Esta noción fue elevada a la categoría de principio por un discípulo de Hahnemann, el Dr. Constantine Hering, y se conoce como la *Ley de la Dirección de la Curación*.

Para la homeopatía, los esfuerzos de la medicina convencional por conocer las causas y las formas de prevenir, tratar o curar determinadas enfermedades –por ejemplo, asma, cáncer, diabetes, hipertensión arterial– están destinados al fracaso, pues el tratamiento convencional (*contraria contrarii curantur*) sólo hará que la psora se manifieste de otra forma. Por ello, el enfoque homeopático del tratamiento es diferente.

Tratamiento individualizado

Al igual que su colega convencional, el homeópata comienza por obtener una historia clínica, o el conjunto de antecedentes del problema actual y de las características de éste. La diferencia está en la minuciosidad del homeópata,

necesaria según Hahnemann para indicar exactamente el medicamento preciso para el caso individual. Con los datos obtenidos, buscará en la farmacopea homeopática el medicamento capaz de simular más perfectamente el cuadro del paciente en un individuo sano, y lo prescribirá en dosis infinitesimales. Tras un período de tratamiento, realizará una evaluación del cuadro actual, y si éste se ha modificado, retirará el primer medicamento y prescribirá otro, y así continuará el tratamiento por tiempo indefinido. Debe notarse, entonces, que según la homeopatía clásica o *hahnemanniana*:

1. Se debe prescribir *un solo medicamento a la vez*. Esto distingue a los « verdaderos » homeópatas no sólo de los médicos convencionales sino de quienes emplean a la vez varias medicaciones homeopáticas, y también de quienes se dejan llamar homeópatas cuando en realidad practican la polifarmacia.³
2. La psora o *enfermedad miasmática crónica* es esencialmente incurable; es una *condición* intrínseca del paciente. La tarea del homeópata es comprenderla y modificar suavemente sus múltiples manifestaciones a lo largo de la vida del paciente.
3. *Normas higiénicas*. Como una parte integral de su sistema, Hahnemann se esforzó por inculcar diversas normas higiénicas para una vida saludable, que involucraban la alimentación, la limpieza y los hábitos. Tales normas estaban orientadas a prevenir la enfermedad y preservar la salud. El énfasis en normas sanas de vida no es exclusivo de la homeopatía, pero fue de hecho muy característico de ésta desde sus comienzos.

Debemos añadir que Hahnemann no halló lugar para la cirugía en su sistema. Empero, tampoco la rechazó por completo, sino que la consideró más bien como un procedimiento heroico reservado para casos de lesiones traumáticas o tan urgentes que no dieran tiempo a la acción segura pero lenta

de la fuerza curativa de la naturaleza. Tampoco rechazó por completo el tratamiento convencional cuando la gravedad y sobre todo la urgencia de una situación la exigían. Lo consideraba un paliativo para la emergencia, pero nunca un sustitutivo de la homeopatía.

Decadencia

Las ideas de Hahnemann alcanzaron gran difusión en el siglo pasado, pero los avances de la medicina científica y el relativo estancamiento de la homeopatía resultó en la pronta decadencia de ésta. El libro de Angel Marzetti, citado en la bibliografía, da una relación de las principales escuelas y hospitales homeopáticos del mundo en las primeras décadas del presente siglo. Sin embargo, tal estado de cosas fue efímero. Así, por ejemplo, en los Estados Unidos llegó a haber veintidós escuelas de medicina homeopática y 14.000 homeópatas a fines del siglo pasado. A partir de entonces, algunas escuelas cerraron sus puertas y otras se inclinaron hacia la medicina convencional. Para 1950 no había instituciones académicas de renombre que enseñasen homeopatía.⁴ La homeopatía ha mostrado mayor persistencia en algunos países europeos como Francia, Inglaterra y Alemania. Pero hubo un país en el que la homeopatía ganó rápidamente su carta de ciudadanía, que es el del pueblo más dominado por la magia, la astrología y toda clase de supersticiones: la India milenaria. El doctor Jugal Kishore, presidente del *Consejo Central de Homeopatía* y de la *Asociación Médica Homeopática de la India*, explica la incondicional aceptación del sistema de Hahnemann por sus compatriotas:

«La homeopatía llegó a la India ya en 1810..., cuando el Dr. Honigberger, un médico alemán, ...comenzó a tratar enfermos con sus medicinas homeopáticas... La homeopatía siguió extendiéndose y la población india la aceptó como si formara parte de su patrimonio nacional

pues, a diferencia de la medicina científica, la homeopatía nunca fue considerada como un sistema impuesto por una potencia extranjera, a pesar de su origen europeo. Los indios veían en su doctrina y principios un reflejo de su propia cultura y creencias. Los antiguos médicos hindúes habían, en efecto, reconocido la “ley de la similitud” como uno de los principios de tratamiento. En el *Bhagwat purana*, escrito hace siglos, un pareado sánscrito pregunta: “¿No es cierto que cuando una sustancia tomada por un ser vivo produce una enfermedad, la misma sustancia cuando se prescribe de manera especial elimina una enfermedad similar?”» (Vithoulkas y otros, p. 122).

El hecho de que la homeopatía armonice tan bien con las supersticiones de la India, lejos de constituir un argumento en su favor, simplemente *reafirma nuestra convicción de que se trata de un sistema mágico*, al tiempo que explica la tendencia mística oriental de muchos homeópatas.

En nuestro país –la Argentina– solamente las escuelas de medicina convencional pueden expedir títulos habilitantes para el ejercicio de la profesión; en consecuencia, todo médico homeópata tiene formación científica convencional, y se orienta hacia la homeopatía por propia voluntad, existiendo asociaciones homeopáticas que nuclean a los practicantes de esta escuela.

Contribuciones de Hahnemann

La obra de Hahnemann tuvo en conjunto un efecto beneficioso en la medicina científica occidental, por cuatro razones fundamentales. *Primero*, cuestionó valientemente los agresivos métodos terapéuticos vigentes, que en su mayoría carecían de sólida base científica. Bajo el acicate de la homeopatía, la ciencia médica debió revisar sus concepciones y métodos, y lo que perdió en dogma lo ganó en conocimiento. *Segundo*, Hahnemann y su escuela impusieron el reconoci-

miento general de la necesidad de experimentación e investigación clínica, al lado del paciente, de manera sistemática. *Tercero*, insistieron en la necesidad de ajustar el tratamiento a cada caso individual, reconociendo así la importancia del enfermo en sí, por encima de su enfermedad. *Cuarto*, destacaron la importancia de hábitos saludables de vida en una época en que tal cosa no era generalmente reconocida en todo su valor.⁵

Por todo esto, la ciencia en general y la medicina en particular, está en deuda con Samuel Hahnemann. Por lo demás, la teoría homeopática en sí no ha sido sustanciada, y ha recibido justas críticas tanto por sus presupuestos como por sus resultados.

La homeopatía no es una ciencia

1. El principio de que «lo similar cura lo similar» no ha sido sustanciado jamás. La idea, derivada de observaciones anecdóticas sin valor predictivo, de ninguna manera puede elevarse a la categoría de una ley o de un principio. Por lo demás, a lo largo de más de un siglo de experimentación básica y clínica, la hipótesis opuesta, *contraria contrarii curantur*, o sea, que el fuego se combate con agua, y no con un poquito de fuego, ha sido ampliamente comprobada. A nadie se le ocurre que la penicilina pueda causar neumonía, o la aspirina jaqueca.

En efecto, existen millones de datos bien controlados y publicados para el beneficio de toda la comunidad científica, que indican que conviene combatir la acidez con un alcalino, y los gérmenes con antibióticos. Así, la hipótesis convencional, además de imponerse al sentido común, ha recibido el apoyo derivado del estudio sistemático de la acción de las drogas hasta el nivel celular. En el caso de muchos fármacos desarrollados por la ciencia médica convencional, se conoce incluso la *molécula* con la cual interactúa el fármaco. Comparada con este conocimiento, la homeopatía aparece hoy tan anacrónica como un dinosaurio en un supermercado.

Como lo ha señalado acertadamente A. J. Clark, uno de los pioneros de la farmacología moderna:

«La homeopatía y la alopatía eran igualmente carentes de base científica alguna, y puede argüirse que la primera hizo menos daño en la práctica. La terapéutica moderna ha heredado de la alopatía el conocimiento de muchas drogas útiles, y de la homeopatía el conocimiento de las notables poderes que posee el cuerpo para sanarse a sí mismo, si se le da oportunidad; pero en lo que se refiere a sus principios básicos, [la terapéutica moderna] no le debe nada ni a estos ni a ningún otro de los numerosos sistemas que una vez florecieron y hoy están olvidados.»⁶

Se ha dicho y repetido que las modernas técnicas de prevención de las enfermedades infecciosas por vacunación se basa en las teorías homeopáticas. Sin embargo, aunque las intuiciones de Hahnemann hayan servido de inspiración para el desarrollo de vacunas y sueros, la semejanza es superficial. La moderna práctica de la inmunización no se ajusta a los principios homeopáticos:

- No se administra a pacientes ya enfermos, sino *sanos*;
- Tiene exclusivamente valor *preventivo*, no curativo;
- No siempre simula *clínicamente* la enfermedad en los pacientes;
- No se administra en dosis infinitesimales, sino según el concepto *científico* de «dosis efectiva», o sea, la necesaria para producir determinado efecto, no según las diluciones homeopáticas.

2. Alguien dijo que «la dilución de un colorante no puede producir un mayor teñido, ni colocando menos azúcar se consigue aumentar la dulzura». Lo que la experiencia cotidiana indica, la moderna farmacología confirma, a saber, que dentro de ciertos límites, *a mayor dosis mayor efecto*. Es obvio que Hahnemann percibió la incoherencia de su

postulado sobre el efecto de la dilución, lo que le llevó a formular su hipótesis de la *dinamización*. Tal noción involucra la creencia casi mágica de que un simple procedimiento mecánico puede cambiar y aumentar las propiedades químicas y biológicas de una sustancia. Si bien podía ser discutible a principios del siglo XIX, cuando la química estaba en pañales, hoy es absurda e insostenible.

Según los principios y leyes de la química, si la dilución es igual o mayor que 24D (ó 12C), es improbable que se encuentre ni siquiera *una* molécula de la droga en la preparación final.

Veamos un ejemplo. Si se mezcla glucosa con agua pura para preparar una disolución que tenga 180 gramos de glucosa por cada litro, habrá una proporción de aproximadamente una molécula de glucosa por cada 55 moléculas de agua. Si se diluye al décimo, en cada dilución sucesiva la proporción disminuye diez veces. Así, en 1D hay una molécula de glucosa por cada 550 de agua, en 2D una cada 5.500, etc. En una dilución 30D, la proporción es de *una molécula de glucosa por cada 55 quintillones de moléculas de agua*. Lo anterior representa *una* molécula de glucosa cada aproximadamente un millón seiscientos cincuenta mil *litros* de agua. ¡Dicho de otra forma, equivale a una única molécula de glucosa perdida en una piscina llena de agua, de 40 metros de largo, 10 de ancho y 4 de profundidad!

En pocas palabras, esto significa lisa y llanamente que las diluciones homeopáticas no contienen virtualmente *nada* de principio activo, siendo disolvente de pureza analítica.

De todos modos, han habido algunos informes sobre presuntos efectos de las preparaciones homeopáticas en animales, la mayoría de ellos de la década de 1950 y no confirmados. Recientemente dos científicos del *Consejo Nacional de Investigaciones Científicas de Francia* y un miembro de la *Fundación Francesa para la Investigación en Homeopatía* (Petit, Belon y Got [1989]) estudiaron el efecto de ciertos agentes capaces de inhibir la acción de enzimas hepáticas en la rata. En primer lugar determinaron la concentración

de cada agente necesaria para reducir a la mitad la actividad enzimática de cinco diferentes enzimas hepáticas. Luego diluyeron las sustancias inhibitoras según lo preconizado por Hahnemann, haciendo cuidadosos ensayos con diluciones entre 4D y 30C. Los resultados fueron negativos en todos los casos: las diluciones homeopáticas resultaron totalmente ineficaces como inhibidores enzimáticos.

Recientemente hubo una enorme controversia cuando la conocida revista científica británica **Nature** publicó un trabajo de un equipo internacional liderado por un prestigioso científico francés, el Dr. Jacques Benveniste. Se había estudiado la reacción de un tipo de glóbulos blancos, denominados basófilos, a un anticuerpo. La interacción del anticuerpo con los basófilos hace que éstos liberen al medio una sustancia contenida en gránulos microscópicos. La reacción se verificaba por conteo de los gránulos restantes luego de poner el anticuerpo en contacto con los basófilos. Hasta aquí, nada inusual. Lo extraordinario del informe fue que *la reacción de desgranulación continuaba produciéndose con diluciones increíbles*, que hacían imposible la presencia del anticuerpo.⁷

Los autores postularon que «la transmisión de la información biológica podría estar relacionada con la organización molecular del agua». Dicho en términos sencillos, Benveniste y sus colaboradores sugerían que las moléculas de agua en contacto con el anticuerpo se organizaban «calcando» la estructura química de éste, de modo que el efecto de las grandes diluciones se podía deber a la «memoria» del anticuerpo, grabada en el agua.

La publicación generó una controversia de proporciones, y una investigación posterior mostró que los resultados no eran reproducibles. El artículo original había omitido datos importantes, y los resultados más llamativos habían sido obtenidos todos por una misma persona, cuyo salario era pagado por una compañía farmacéutica homeopática. Transcurridos cinco años desde la publicación del discutido artículo, los hallazgos no han sido confirmados por ningún otro laboratorio. Probablemente nunca se sepa si hubo in-

tento de fraude o si se trató, simplemente, de un trabajo publicado apresuradamente, sin los necesarios recaudos para descartar posibles fuentes de error (yo creo esto último).

En todo caso, ni siquiera el «agua con memoria» hubiese bastado, de ser cierta, para probar el principio de las diluciones. En efecto, según éste las propiedades de la sustancia diluida son *diferentes* de aquellos de la sustancia concentrada (de otro modo, ¿para qué diluir?). En cambio, los datos de Benveniste indicaban que el comportamiento era exactamente el mismo *independientemente de la dilución*.

Una nota de precaución es en este punto oportuna. Aunque el público en general, y la mayoría de los médicos no homeópatas piensan que las medicaciones homeopáticas son *totalmente* inocuas, ello no es del todo cierto. A propósito de un caso de reacción dermatológica severa causada por una prescripción homeopática, que se publicó en la revista de la Asociación Médica Británica, Jeremy Swaine y otros, del Hospital Homeopático de Bristol, hicieron notar que la medicación homeopática puede *empeorar* el estado del enfermo en dos circunstancias.

La primera se da cuando el empeoramiento es una condición *necesaria* o un paso indispensable en el proceso de curación; a esto se le llama empeoramiento «deseado», que sigue la así llamada Ley de la Dirección de la Curación. Pero también existe un empeoramiento *indeseado*, que se debe a prescripciones erróneas, o sea una enfermedad *iatrogénica* (causada por el médico).

3. El concepto de enfermedad miasmática crónica o *psora* es irreconciliable con nuestro moderno entendimiento de las enfermedades, sus orígenes, causas, manifestaciones, historia natural, tratamiento, prevención y pronóstico.

«Así, según la homeopatía los esfuerzos de la medicina occidental por categorizar la enfermedad son una colosal pérdida de tiempo, y sus fatigas en contrarrestar síntomas (aun hacer algo tan simple como tomar una aspirina por un dolor de cabeza) en realidad empeoran

al paciente. Sus grandes éxitos realmente crean sus peores fracasos» (Reisser y otros, p. 139).

La noción misma de psora se basa más en un presupuesto filosófico que en una realidad tangible. Carece de valor científico, porque su existencia misma no puede ser puesta a prueba experimentalmente. Si los signos y los síntomas, las alteraciones estructurales, funcionales y bioquímicas fuesen inútiles para precisar un diagnóstico, entonces no habría esperanza para la medicina moderna, ni para sus pacientes. Lo cierto es que desde el tiempo de Hahnemann hasta hoy, la ciencia médica progresó de manera incesante, con muchos errores pero también con logros brillantes en la anatomía patológica, fisiología normal y patológica, biofísica y bioquímica, genética, inmunología, bacteriología, farmacología, etc. Así, esta medicina constituye hoy un vasto campo de conocimiento virtualmente inabarcable y en continua expansión, que hubiese sido insospechado a principios del siglo pasado. Muchas hipótesis y teorías han debido revisarse, otras han sido desechadas, y han surgido nuevos enfoques que a su vez deberán someterse a prueba.

En claro contraste con tal panorama, la homeopatía cristalizó ya desde su nacimiento 180 años atrás en un cuerpo doctrinal absolutamente dogmático, que solamente ha recibido pequeños retoques y modificaciones insustanciales. Por ejemplo, el tratado de terapéutica homeopática de Nash, editado en 1913, mereció una edición en español en 1979, lo que implica que conservaba su valor.⁸

Por el contrario, el más avanzado tratado de terapéutica científica convencional de igual antigüedad no tendría hoy más valor que el histórico. *Este solo hecho debería despertar desconfianza hacia la homeopatía.* Mientras que todas las ciencias naturales han experimentado en los últimos dos siglos modificaciones y avances sustanciales, solamente la homeopatía permanece obstinada y orgullosamente igual a sí misma, con el fervor y la firmeza que normalmente se reserva para el conocimiento revelado.⁹

Fue tal fervor injustificado el que llevó a los homeópatas

a predecir el seguro triunfo de la homeopatía en este siglo, en el cual se produjo en realidad su inexorable decadencia. De hecho, si la homeopatía no ha desaparecido del todo, ello se debe a factores extracientíficos. La extrema debilidad de la homeopatía en este aspecto no ha pasado inadvertida a los propios homeópatas.

Así, el Dr. George Vithoulkas, entonces presidente de la *Fundación Internacional para la Promoción de la Homeopatía*, notaba en 1983 que «se requiere evidencia experimental sólida, como la provista por estudios clínicos doblemente a ciegas en centros médicos prestigiosos, para demostrar la efectividad de la homeopatía, antes de que ésta pueda ser aceptada en Occidente como una modalidad terapéutica importante».¹⁰

Al año siguiente la revista británica de homeopatía publicó dos artículos que concluían:

«A pesar de la gran cantidad de trabajo experimental y clínico, hay muy pocas evidencias sobre la efectividad de la homeopatía. Esto es debido al mal diseño, ejecución e información de resultados, y a la falta de repetición del trabajo experimental, y no necesariamente debido a la ineficiencia del sistema, el cual todavía no ha sido investigado apropiadamente en gran escala... No es sorprendente, en vista de la calidad de la mayoría del trabajo experimental así como de su entorno filosófico, que este sistema médico no sea aceptado por la comunidad científica.»¹¹

El problema es que, como veremos a continuación, los mismos principios de la homeopatía son los obstáculos más formidables en contra de su convalidación experimental.

4. Como dijimos, existe un importante núcleo de verdad en la insistencia homeopática sobre la individualización del tratamiento. Sin embargo, la exageración en la absoluta singularidad del enfermo pasa por alto las obvias *similitudes* entre diferentes procesos morbosos. Si tales similitudes

no son reconocidas, desaparece la posibilidad de evaluar estadísticamente un tratamiento.

«La tradición homeopática virtualmente elimina la posibilidad de un estudio científico. Normalmente una terapia se evalúa por comparación de un grupo de pacientes que es tratado, con un grupo similar que no lo es. Las conclusiones obtenidas son rutinariamente escurtidas, a menudo cuestionadas, y a veces revisadas en el foro abierto de las revistas y conferencias científicas. Pero ¿cómo puede usted comparar grupos “tratados” y “no tratados” cuando la clasificación de las enfermedades carece de significado y cuando no hay dos pacientes que sean tratados exactamente de la misma manera? ¿Cómo puede siquiera medirse los efectos de un tratamiento, cuando usted no puede confiar en el estado físico del paciente como índice de progreso?» (Reisser y otros, p. 140).

En otras palabras, si se aceptan las premisas de Hahnemann, no pueden verdaderamente hacerse estudios controlados según el concepto moderno; ambas cosas son incompatibles. Por tanto, la supuesta verdad de la homeopatía es de suyo *indemostrable*.

Algunos homeópatas han intentado, empero, emplear de todos modos diseños propios de la medicina científica. En 1986 la prestigiosa revista médica británica *The Lancet* publicó los resultados de un estudio realizado por profesionales del hospital homeopático de Glasgow, y los departamentos de Bacteriología e Inmunología y de Estadística de la Universidad de esa misma ciudad. Reilly y sus colaboradores compararon el efecto de preparados homeopáticos de polen con placebos (sustancias inertes) en pacientes con rinitis estacional, y encontraron una mejoría significativa en los pacientes que recibieron la dilución («potencia») homeopática de un extracto 30c preparado por un farmacéutico homeopático y administrado en forma de tabletas.

El estudio fue criticado sobre diversas bases:

- 1) Las diferencias observadas, aunque estadísticamente significativas, fueron muy modestas y su significación práctica muy dudosa.
- 2) Aunque se realizaron pruebas objetivas (bioquímicas) para admitir los pacientes al estudio, *la evaluación del tratamiento, tanto por parte de los pacientes como de los médicos, fue por completo subjetiva.*
- 3) Los medicamentos homeopáticos fueron preparados por un farmacéutico, pero *no se realizó ningún control químico independiente* que asegurase la preparación adecuada y excluyese la presencia de drogas convencionales (problema que se ha dado ocasionalmente; por ejemplo, inclusión de corticoides).
- 4) No se explica cómo distinguieron entre la rinitis estacional y la rinitis perenne. Como la rinitis estacional tiende a ceder espontáneamente y la perenne no, un mayor número de pacientes con esta última condición en el grupo control podría explicar la diferencia observada.

Hasta donde tengo noticias, los resultados del estudio no han tenido confirmación independiente.

Conclusiones

La supervivencia de la homeopatía parece relacionarse más con su relativa inocuidad que con su eficacia. Promueve hábitos sanos, relaciones más estrechas entre médico y paciente, y receta mayormente placebos (los presuntos medicamentos «dinamizados»). Puede ser peligrosa en la medida en que el homeópata pase por alto los síntomas de una enfermedad grave o reconociéndolos pretenda tratarlos con sus diluciones infinitesimales. Tal actitud irresponsable podría poner en peligro la vida del paciente.

La homeopatía no tiene en sí misma nada de anticristiano. Sin embargo, sus teorías son de tal manera contrarias a la información acumulada en los años transcurridos desde

su formulación, que exigen del paciente un verdadero *acto de fe* sin base racional alguna.

El catedrático de historia de la medicina Pedro Laín Entralgo coloca a la homeopatía en la categoría de lo que llama *medicina creencial*, es decir, la que tiene «la actividad terapéutica *preponderantemente* fundada sobre la creencia del enfermo en la eficacia del remedio empleado». Señala además que «*la frecuente asociación de la homeopatía con el magnetismo animal y el espiritismo justifican ampliamente esa decisión*». ¹²

James Tyller Kent, homeópata británico autor de las *Conferencias en Filosofía Homeopática*, avanzó decididamente hacia el teosofismo al subrayar los aspectos psíquicos y espirituales de la enfermedad, a expensas de las manifestaciones físicas, a las que les concedió poca importancia. El contenido de los sueños del paciente era más importante que su presión arterial. Los medicamentos, en elevadísimas diluciones, actúan básicamente sobre el espíritu humano. Kent fue autor de una farmacopea llamada *Repertorio de Kent*, que reúne toda clase de ideas místicas, mágicas y esotéricas.

La escuela homeopática kentiana se propone tratar la enfermedad a través de la acción sobre la *personalidad* del paciente: esta transformación personal lleva a la derrota de la enfermedad a través del poder del propio espíritu. Todas estas nociones reaparecen en otras prácticas holísticas, como la terapia floral de Edward Bach, de la que hablaremos en el siguiente capítulo.

En los últimos años se ha observado un renovado interés del público en diversas formas no convencionales de terapia, entre ellas la homeopatía. En el ambiente holístico la homeopatía tiene plena vigencia, ante todo por su antagonismo hacia la medicina científica convencional; en segundo lugar por su empleo de remedios «naturales»; tercero, por su insistencia en la fuerza curativa de la naturaleza y su concepción de la enfermedad como un desbalance energético; y cuarto, por su mágica teoría de la dinamización de los medicamentos.

Finalmente, conviene decir que no es infrecuente que quienes practican la homeopatía se inclinen hacia otras prácticas no convencionales de diagnóstico o tratamiento. Por ejemplo, en Las Vegas, EE.UU., existe una gran clínica homeopática, legalmente establecida, que practica el *electrodiagnóstico*, un método de dudosísima base científica basado en la resistencia eléctrica de la piel. El aparato detecta presuntos desbalances energéticos. La prueba está computarizada, y el mismo ordenador sugiere de entre los 1.700 productos homeopáticos disponibles, aquel que se adapte más al paciente en cuestión. Se les advierte a los pacientes que no expongan los medicamentos a fuentes de radiación electromagnética, pues «los remedios poseen campos electromagnéticos [que] se tornan distorsionados e impredecibles cuando son fuertemente afectados por otros campos magnéticos». ¹³

El lector percibirá fácilmente aquí el vocabulario ostentoso pero hueco de las concepciones «energéticas» holísticas.

NOTAS

1. Para más detalles, conviene consultar obras de historia de la medicina, como las de Castiglioni (Salvat, Barcelona, 1941), Guthrie (Salvat, Barcelona, 1947), Harrison (4ª Ed., Interamericana, México, 1966) e Inglis (Grijalbo, Barcelona, 1968). Todas ellas se titulan *Historia de la Medicina*. También puede consultarse con provecho los siguientes libros sobre el tema:
Benjamin Lee Gordon, *La novela de la medicina: Historia de la evolución de la medicina desde las prácticas ocultas y los tiempos primitivos* (OCESA, Buenos Aires, 1949).
Pedro Laín Entralgo, *Historia de la medicina: Medicina moderna y contemporánea* (Científico-Médica, Barcelona, 1954).
2. Su título en alemán fue *Organon der rationellen Heilkunde*. Las otras tres obras importantes de Hahnemann fueron sus *Fragmenta de viribus medicamentorum positives sive in sano corpore observatis* (1805), una suerte de medicina experimental, la *Materia Médica pura* (1811-1822) y *Doctrina y tratamiento de las enfermedades crónicas* (1828).
3. Esta última clase de inescrupulosos aprovechan el halo de «magia» que rodea a la homeopatía para atraer clientes, pero en realidad prescriben *múltiples fármacos convencionales* combinados en recetas magistrales presuntamente individualizadas que sólo pueden obtenerse en ciertas farmacias, las que ordinariamente son generosas a la hora de agradecer al que emitió las recetas. Esta práctica no sólo es éticamente cuestionable, sino también peligrosa para el paciente expuesto a diez o doce medicamentos a la vez.
4. El Colegio Médico Hahnemann, de Filadelfia, siguió ofreciendo a sus estudiantes cursos *opcionales* de homeopatía hasta la década de 1940.
5. Es realmente penosa las deficiencias que en este as-

pecto evidencian muchos egresados de nuestras escuelas médicas, debido en parte al escaso énfasis en la medicina preventiva que existía hasta hace no muchos años en las facultades. Es solamente en las últimas décadas que ha habido una toma de conciencia en la comunidad médica en conjunto sobre la importancia de hábitos saludables para la promoción de la salud. Lamentablemente, todavía existen muchos médicos que continúan obrando según el modelo erróneo de considerar que el problema de la salud comienza recién cuando la enfermedad se manifiesta.

6. A. J. Clark, *Applied Pharmacology* (5ª Ed., J. & A. Churchill, London, 1935, p. 3).
7. E. Davenas y otros, *Human basophil degranulation triggered by very dilute antiserum against IgE*, **Nature** 333: 816-818, 30 de junio de 1988. En el mismo número (p. 787) se publicó al respecto un editorial titulado «Cuándo creer lo increíble». El resultado de la investigación del grupo enviado por la revista al laboratorio de Benveniste fue el informe «*High dilution» experiments a delusion* (*Ibid.* 334: 287-290, 28 de julio de 1988), por John Maddox, James Randi y Walter W. Stewart; con una réplica de Benveniste (p. 291). Eugene Garfield informó sobre los antecedentes científicos de Benveniste y dio una lista completa de lo publicado sobre el asunto del «agua con memoria» en *Current Contents* 13: 3-7, 27 de marzo de 1989; extractos de la controversia aparecieron en el mismo número, p. 8-10 y en el número 39: 9s, del 26 de setiembre de 1988. También merecen destacarse los comentarios publicados en *Skeptical Inquirer* por James Randi (*The case of the remembering water*, 13:142-145, 1989), Wallace I. Sampson (*When not to believe the unbelievable*, 14:90s, 1989) y Elie A. Shneour (*The Benveniste case: a reappraisal*, *ibid.* p. 91-95). En la misma revista apareció un excelente artículo por Martin Gardner, que cito en la bibliografía general. Con motivo de cumplirse cinco años de la publicación del artículo de Davenas y col., yo mismo escribí una

extensa reseña del caso, que D.m. será publicada en **El Ojo Escéptico**.

8. Según su traductor, la obra de Nash «se mantiene hasta nuestros días como la obra más útil y efectiva para el aprendizaje de los aspectos prácticos de la terapéutica homeopática» (p. vii).
9. Esto se aplica en rigor a la escuela ortodoxa de Hahnemann. No han faltado quienes han modificado, en general para peor y sin mejores fundamentos, las enseñanzas de Hahnemann. Así, hay una escuela *pluralista*, que clasifica los males en «sensoriales, funcionales y lesionales»; esto requiere tratamientos simultáneos con un medicamento adecuado para cada tipo de «mal», y generalmente añaden un cuarto medicamento «purificador» o «drenador» de toxinas. Los *complejistas* usan combinaciones de muchos remedios, y promueven la organoterapia (empleo de extractos de órganos animales para fortalecer el órgano análogo en el paciente). Pretenden neciamente combinar la homeopatía con la medicina científica, cuando ambas se basan en principios claramente *irreconciliables*. La homeopatía también se prestaba para especulaciones esotéricas, explotadas por la escuela de Kent.
10. En Bannerman y otros (Dir.), p. 115.
11. Firmados por A.M. Scofield; **British Homeopathic Journal** 73: 161 y 211, 1984; citado por Stephen Barrett [1991], p. 6.
12. Laín Entralgo, o.c., p. 358 (s.m.). Por ejemplo, el espiritismo se introdujo en el Brasil en 1858 precisamente a través de un grupo de homeópatas, discípulos de Hahnemann (véase Bannerman y otros, p. 47).
13. Stephen Barrett, *My visit to the Nevada Clinic*. **Skeptical Inquirer** 12: 293-297, 1988.